

## Sábado I de Pascua



6 de abril de 2024

Hech 4,13-21

Sal 117

Mc 16,9-15

P. Eduardo Suanzes, msp

Hemos venido siguiendo durante estos días, en la Primera Lectura, la historia en que Pedro y Juan curan a la entrada del Templo a un paralítico y por esto son llamados a la presencia del Sanedrín. Ayer oíamos el aplomo con que Pedro hablaba delante del Gran Consejo de tal forma que los dejó *de una pieza*. Ahora vemos cómo Lucas describe la reacción de esas autoridades de Jerusalén a lo que ha dicho. La actitud de los apóstoles ha sido (utilizando un término de Lucas), de *parresía*<sup>1</sup>, es decir, de aplomo, franqueza, sinceridad y coraje, de elocuencia inspirada por el Espíritu. En la literatura clásica la *parresía* era la nota característica de los ciudadanos libres en la democracia ateniense y que eran capaces de resistir la oposición pública. Al aplicar esta idea a Pedro y Juan, Lucas está adoptando formas del pensamiento griego para hacer comprensible el desafío de los apóstoles a las autoridades de Jerusalén.

La seguridad y elocuencia de los apóstoles no está de acuerdo con su educación y sorprende al Sanedrín. Pedro y Juan están descritos, no como «*hombres de pueblo*», como hemos oído en esta traducción empleada por la liturgia, sino como, «*iletrados, que no saben escribir*» e «*ignorantes, inexpertos*»<sup>2</sup>. Esta condición explica la sorpresa de las autoridades. Pero a nosotros ya nos había dicho Lucas, con anterioridad, que Pedro hablaba «*lleno del Espíritu Santo*».

Las palabras de Pedro habían surtido algún efecto en los miembros del sanedrín, pero el cojo curado que estaba ante ellos era la prueba viviente de lo que Pedro había dicho, una prueba que el sanedrín no podía pasar por alto, «*no podemos negarlo*». En la dinámica del relato, esta era una ocasión ofrecida a las autoridades para revisar su acción precedente y aceptar a Jesús como Mesías. Escogen la línea opuesta. Así convalidan lo hecho y se endurecen en su posición.

Otra vez la liturgia, para ayudarnos a comprender mejor el texto, dice que las autoridades decidieron a «*prohibirles con amenazas hablar en nombre de Jesús*». Pero el texto original no dice exactamente eso: Lucas describe a las autoridades como reacias a mencionar a Jesús y simplemente se refieren a él como «*ese nombre*». Esto es importante, porque de esta manera queda proscrito el nombre de Jesús, que de ahora en adelante no debe ser pronunciado por ningún ser humano jamás.

Pero si el profeta no puede dejar de pronunciar el mensaje recibido de Dios, como tantas veces se repite en el AT, mucho menos puede callarse el testigo oficial de la resurrección:

---

<sup>1</sup> Cfr. JOSEPH A. FITZMYER. *Los Hechos de los Apóstoles I. Traducción, introducción y comentario*. Ed. Sígueme. Salamanca 2003

<sup>2</sup> Los términos en griego utilizados son: *agrammatoi* e *idiotai*. Literalmente: iletrados e idiotas.

«ustedes son mis testigos», les había dicho Jesús cuando tuvieron la experiencia del resucitado.

En el evangelio de hoy, el final de Marcos, se da un resumen de los hechos acontecidos referentes a la Resurrección. Es, posiblemente, un texto escrito previamente, una especie de *hoja volante pascual*, donde en forma de resumen o compendio se recogen algunos testimonios fundamentales de la experiencia pascual de Jesús y del comienzo de la Iglesia<sup>3</sup>. Luego, con el tiempo, poco a poco, se añadió a las copias existentes del Evangelio de Marcos pasando a formar parte de su totalidad.

Se presenta a Magdalena como primera testigo de la Pascua. En el origen de la pascua se encuentra esta mujer. Los otros discípulos siguen de entierro: todo nos permite suponer que no se han ido a Galilea. Han quedado en Jerusalén cumpliendo los rituales funerarios normativos por un muerto, gimiendo y llorando al amigo-maestro asesinado. Lloran bien, pero no saben convertir el llanto en gozo de pascua; la palabra de promesa de Jesús no ha conseguido transformarles.

Sobre ese fondo, lo más novedoso del pasaje es, a mi juicio, la contraposición entre la primacía gozosa, misionera, pascual de María Magdalena (en realidad, por tanto, la primera cristiana) y el llanto funerario de los otros discípulos. Aquí podríamos hallar la más antigua y hermosa de todas las liturgias de la Iglesia: una mujer, iluminada y transformada por Jesús en el tiempo de su historia (le ha librado de siete demonios) y reiluminada de manera plena en su pascua, se atreve a comenzar una «misión imposible»: convencer a los que lloran por el Cristo muerto.

No basta María, mujer sola, sin pareja; se necesitan, según la norma judía, a dos testigos para que el testimonio resulte verdadero. Lógicamente, en este segundo momento de la progresión pascual, el texto quiere presentarlos. Ellos pertenecen al grupo de discípulos que estaban en llanto funerario. No han creído a María: terminan su llanto, abandonan el grupo y se marchan. Son los de Emaús, naturalmente, que aparecen en el texto como verdaderos fugitivos. El grupo central tampoco acepta el testimonio de estos dos testigos.

«Por último»: así empieze este nuevo relato de la pascua. El tercer momento de la trama suele ser el decisivo en casi todas las antiguas narraciones del oriente (y de la Biblia). Pero ya no viene Jesús por medio de María, ni habla a través de los caminantes; llega en persona y sorprende a los incrédulos. Es la aparición definitiva. El banquete funerario (tan normal en casi todas las culturas) se convierte en comida de presencia pascual. Jesús aprovecha la intimidad de mesa, la comida compartida, para corregirles de manera ya definitiva.

De acuerdo con el inicio de este relato evangélico, en el comienzo de la Iglesia sólo existe un nombre propio: María Magdalena. Ella y sólo ella es la primera cristiana. Vienen después los dos caminantes sin nombre; llegan al fin los once compañeros que quedan de Jesús (evidentemente falta Judas); ellos forman el principio de la misión cristiana.

---

<sup>3</sup> XAVIER PICAZA. *Para vivir el Evangelio de Marcos*